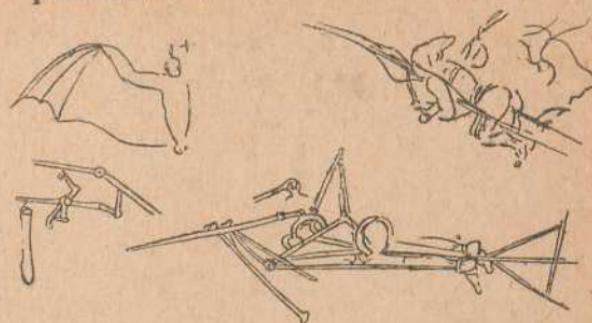


La primera idea de los grandes descubrimientos no pertenece casi nunca a los que consideramos como sus inventores. Por regla general, mucho antes que a ellos se les ha ocurrido a otros hombres, que tal vez no han alcanzado fama como hombres de ciencia.

De estos profetas de los inventos, el más notable fué Leonardo de Vinci, el célebre pintor a quien el arte debe "La Cena" y "La Virgen de las Rocas". De Vinci no fué sólo un gran artista. Mecánico intelectual, construyó máquinas asombrosas. Adivinó, dos siglos antes que Newton, la ley de la gravedad, haciendo ya notar la aceleración de los cuerpos a medida que se acercan más á la tierra; indicó el equilibrio de los líquidos en los vasos comunicantes; calculó la velocidad del sonido y su mayor intensidad en el agua ó en la tierra que en el aire, y sin conocer siquiera la composición de este último, sentó la teoría de la combustión, afirmando que el aire (aun no podía decir el oxígeno) era el que alimentaba la llama. Basándose en este principio inventó el tubo del quíñque.

La disección de treinta cadáveres para el estudio de la anatomía plástica, enseñó a Leonardo de Vinci cosas que hoy creemos descubiertas muy posteriormente, como son el funcionamiento del ojo, al que comparó con una cámara obscura, vista de una lente interior para enderezar la imagen invertida al pasar por la pupila, y la circulación de la sangre, que proclamó ante que Servet ó que Harvey.

En fin, observando cómo subía el humo, nuestro artista formó con una finísima película de cera esferillas y figuritas de animales, que llenaba de humo para divertirse viéndolas subir, lo que equivale a imaginar el globo aerostático antes que Montgolfier, y estudiando el vuelo de las aves, ideó una máquina voladora, un verdadero aeroplano, aunque no llegó á construirlo, porque, según él mismo recono-



Croquis de un aparato volador, por Leonardo de Vinci

cía, la rapidez del vuelo, que contribuya á la sustentación del ave, es indispensable también para sostener un volador más pesado que el aire, y en su tiempo no se conocía motor bastante poderoso para conseguir este objeto. A no ser por esta falta, los actuales progresos de Farman y de los Wright, serían un hecho hace la friolera de cuatrocientos años.

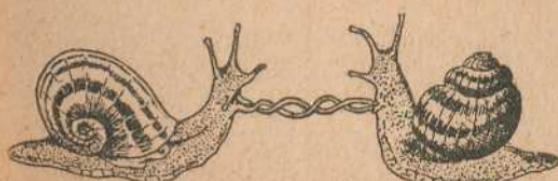
La misma inventiva que en Leonardo de Vinci se encuentra en otro artista, en un poeta que a nadie le ocurre incluir en el número de los grandes inventores. Era éste el célebre Cyrano de Bergerac, el héroe de Rostand. La idea de la pluralidad de los mundos habitados, que hoy cuenta tantos adeptos, ya le había ocurrido al belicoso cadete de la Gasconia; él fué asimismo el primero en bosquejar la teoría de los microbios, y en pensar que ciertas enfermedades podían curarse por autosugestión. Pero sus hipótesis más notables son las referentes a la navegación aérea, de la que también fué profeta. En su "Historia de los estados de la Luna y del Sol", expuso nada menos que seis medios para realizarla, algunos de ellos efectuar como el de plancha de hierro y imán para ser atraído ingeniosos como el de la estera llena de humo, que no es sino una anticipación de las montañeras.

No son estos los únicos descubrimientos científicos que, pareciéndonos nuevos,

son en realidad viejos. La telepatía, que ya ha entrado en el dominio de la observación y acaso no tarde en pasar al de la experimentación, fué sospechada en 1869 por un francés, Jules Allix, inventor de lo que él llamaba "los caracoles simpáticos". En su opinión, para comunicarse, por ejemplo, entre París y Burdeos, bastaba remir dos car-



Uno de los medios para volar de Cyrano de Bergerac



Los caracoles telegráficos